

Nuestra vida se desarrolla en múltiples escenarios. Hay lugares, hay tiempos, hay sentimientos. Hay un mundo físico. Y hay, también, un mundo virtual en el que va creciendo la fe. Internet primero, y las redes sociales hoy de una forma muy directa, se han convertido en escenarios para una intensa actividad religiosa. Hay multitud de iniciativas, proyectos y formas. Quizás lo que más conocemos tiene que ver con la intención evangelizadora. Infinidad de personas que tratan de proponer, a través de Internet, la fe como algo posible. El antiguo misionero, avanzando por parajes desconocidos, con un machete en una mano para abrirse paso a través de una vegetación frondosa, y el crucifijo en la otra para llevar «la verdad» a quienes aún no la conocen, ya es historia. Hoy muchos «misioneros» llevan delante la arroba de Twitter, tienen perfil en Facebook y hablan sobre aquello en lo que creen en tonos diversos,

que van desde la apologética más militante a la propuesta más alternativa.

Pero esta no quiere ser una reflexión sobre esos apóstoles digitales, que los hay, y son, casi siempre, beneméritos y necesarios, aunque también tienen que lidiar con sus tentaciones y trampas. Es, más bien, una reflexión sobre el creyente que, en la red, busca respuestas, experiencias o incluso alimento espiritual. ¿Es posible que Internet se convierta en un espacio donde ese tipo de búsquedas tengan cabida? ¿Es posible que, en un espacio que, por definición, ofrece dispersión, multiplicidad de informaciones, simultaneidad de experiencias y una cierta fragmentación, tenga cabida la experiencia integradora de la fe?

Es posible. De hecho, se da. La fe en Internet encuentra algunas dinámicas muy interesantes. Trataré de formularlas en los siguientes párrafos a través de cinco rasgos

que encontramos en Internet, y que influyen en la experiencia religiosa, y de dos preguntas. La fe en Internet implica la búsqueda activa (rasgo 1), es favorecida por la proximidad (2), se propone en un lenguaje mucho más comprensible (3), supone la diversidad (4) y ofrece una experiencia de pertenencia (5). Las preguntas que quedan en el aire tienen que ver con cuánta profundidad se puede alcanzar y hasta qué punto es un ámbito donde uno puede de verdad hacer una experiencia personal de encuentro con Dios.

Implica la búsqueda activa

La red no es para espectadores pasivos, que se sientan tan sólo a ver. Has de buscar, has de saltar de una pantalla a otra, has de navegar. Y los alicientes que hacen que vayas pasando de un sitio a otro tienen que ver con sentimientos, con intereses, con deseo, con los estímulos que buscan atraerte, y tal vez también con la casualidad. Pero, sea lo que sea lo que lleva al internauta a asomarse a unos lugares y no a otros, él es necesario protagonista en esa búsqueda. Esto, cuando hablamos de la fe, supone una actitud muy real: la capacidad de hacerte preguntas, o de querer profundizar en aquello que crees, o de cul-

tivar y alimentar tu propia vida interior.

Ofrece proximidad

En un mundo como el nuestro, donde la prisa, la inmediatez y las agendas estresantes parecen estar a la orden del día, no resulta fácil encontrar tiempo de calidad para la fe. A menudo vivimos con formas que tienen que ver con épocas en las que el tiempo se vivía de forma distinta. Épocas en las que la agenda estaba perfectamente definida. Había un tiempo para el trabajo, un tiempo para el descanso, un tiempo para el amor, y para el ocio, y para la práctica religiosa... No es que esto haya desaparecido, al menos no del todo. De hecho, es necesario cierto orden vital. Pero sí ocurre que la vida cotidiana tiene mucho más de torbellino. El ritmo diario es vertiginoso. Los horarios, diversos. Es más, en las ciudades, los mismos espacios físicos se vuelven inaccesibles (hay gente que no entra en una Iglesia porque no tiene tiempo para hacerlo; hay otra gente que no entra porque siempre están cerradas, salvo a la hora de las misas). Sin embargo, la red es inmediata, es portátil, la llevamos con nosotros, cada vez más, en los dispositivos móviles que se van convirtiendo en parte de lo indispensable para

muchas personas. Esa cercanía y esa inmediatez ayudan.

Implica la comprensión

El lenguaje de Internet nos es familiar. Cada vez más. Y a las nuevas generaciones, más todavía. Es curioso, porque mucho de nuestro lenguaje religioso no es tan comprensible. No lo son las liturgias, ni los símbolos que, en otra época, decían mucho. No lo son las rúbricas, ni muchas veces las palabras con las que, en según qué foros, hablamos de fe. Sin embargo, por la propia novedad del medio, Internet ha exigido a los apóstoles digitales buscar un lenguaje diferente. Han ido probando, y aprendiendo. Y con los años han ido apareciendo proyectos y propuestas que aciertan con la forma de hablar, con el uso de texto, música, imagen, diseño... Y ello hace que el creyente se sienta un poco más cómodo, en ese terreno seguro y familiar.

Implica la diversidad

No hay una única forma de creer, como no hay una única forma de rezar, ni de celebrar, ni de participar. Internet tiene la ventaja de ser una gran red con muchos nudos, y cuando uno encuentra el

espacio donde se habla de modo que le ayude, se siente en casa. En Internet está el Papa, están las conferencias episcopales, están los nuevos movimientos, las parroquias, las congregaciones religiosas, están los creyentes que lo tienen todo claro, y los que dudan de todo, los que todo lo defienden y los que todo lo cuestionan; y todos hablan, comparten, buscan. Hay propuestas más racionales, reflexivas, foros... Hay propuestas más celebrativas, espacios de meditación, de oración, diálogo. El que busca termina encontrando su espacio.

Ofrece pertenencia

Pero no la impone, y esto es algo muy propio de nuestra época. Hay mucha soledad, y mucha búsqueda de comunidad. Pero al tiempo hay una reticencia real a la participación que te complica, que te ata, que te envuelve. Sin valorar si esto es mejor o peor, el caso es que se da. Y curiosamente, la experiencia de ir estrechando lazos, de ir forjando comunidades, se vuelve parte de la fe de muchos. En forma de «seguidores» de Twitter, de «amigos» de Facebook. O a través de la creación de verdaderas comunidades virtuales, algunas de ellas con un motivo explícitamente religioso, como pue-

den ser algunas comunidades de oración, donde la gente tiene la sensación de estar vinculada al pedir unos por otros.

¿Ofrece la red la profundidad que la fe requiere?

He ahí una buena cuestión. Hay quien respondería que no, porque la misma esencia de Internet es el navegar, aún más, el surfear, de una pantalla a otra, de una imagen a otra, de una página a otra, sin dedicar más de unos instantes a cada estímulo. Sin embargo, la experiencia también da que la mayoría de las personas termina convirtiendo algunos espacios en familiares para su navegación cotidiana: el correo, la prensa habitual, las redes sociales, y sí, también algunos espacios religiosos. Los jesuitas ingleses pusieron en marcha hace varios años pray-as-you-go (www.prayasyougo.org), que se convirtió en una comunidad de oración en el mundo anglosajón. Sus versiones en distintas lenguas, entre ellas rezandovoy (www.rezandovoy.org) en castellano, muestran una gran capacidad de fidelizar, desde su oferta de oración, a una gran comunidad de creyentes, que entran en la web a diario y han convertido estas propuestas en parte de su experiencia de fe cotidiana.

¿Es Internet un medio que permita tener experiencias personales?

Porque al final la fe pasa por ello. La fe no es solo, aunque también, reflexión sobre aquello que se cree, ni discusión sobre contenidos. No es información religiosa –que abunda en la red–. Es, sobre todo y primero, una experiencia personal de encuentro con Dios. Pues bien, la red es un medio. Como un medio han sido las piedras esculpidas en las portadas de las catedrales medievales; o los libros durante siglos de cultura escrita; un medio como lo pueden llegar a ser algunas películas o canciones que invitan a ir más allá. He ahí la clave. ¿Permite la red ir más allá, o se agota en sí mismo el contenido que ofrece? No creo que haya una respuesta tajante para esta cuestión. Es una tentación bien real el convertir los contenidos virtuales, también los que tienen que ver con la fe, en otra propuesta volcada sobre sí misma, que en lugar de invitar a quien se acerca a salir más afuera, más allá, le atrapan en un bucle de discursos, eslóganes y comunicaciones efímeras. Pero también es posible que Internet sea el medio en el que se plantan semillas que hacen que las personas piensen, sientan, evoquen y, acaso, descubran, más allá de la pantalla de un ordenador, la presencia posible de lo divino. ■